

ESA NUEVA PROMOCIÓN DE ACTORES*

Alberto González Vergel

Adolfo Prego, en su juicio crítico del drama de John James Osborne *Mirando hacia atrás con ira* —representado hace unos días por «Dido»—, saludaba jubilosamente la aparición en nuestros escenarios de una nueva e importante promoción de actores jóvenes. Es evidente que desde hace unos años —muy pocos— las representaciones teatrales en España han experimentado una seria transformación, un importante y trascendente cambio. El público, que en definitiva es quien señala directrices, anda más que harto de la vejez ilustre de doña María Pérez y de la muy reconocida inteligencia del popularísimo Pedro Sánchez, primer actor y director. No existe ya actor inteligente ni actriz ilustre que consigan llevar, por sí solos, público al teatro, aunque ciertos empresarios no acaben de entenderlo. Ni siquiera determinados autores, con muy brillantes éxitos recientes, consiguen despertar ahora interés o curiosidad. Y es que la representación teatral está perdiendo su negativa condición de divertimento, y vuelve a adquirir su primitiva comunicación dramática. El público (en su mayoría) adopta hoy ante la representación una de las dos posturas límites o postulados extremos, que rigen precisamente en la actualidad la interpretación dramática.

Lo mismo en la entrega absoluta o comunicación perfecta con el drama, que en la posición crítica o cínica frente al postulado de Bertolt Brecht, el público sólo acepta ya la representación en su totalidad, en su conjunto armónico. De esto se deduce que las antiguas individualidades: autor, actor y escenario, han de fusionarse en un todo perfecto, estéticamente logrado.

El viejo actor —mejor cómico— y el no menos viejo empresario, se resisten a admitir esta evidencia. Ellos tienen sus razones particulares que oponer, razones que no vamos ahora a discutirles. Lo cierto es que, quiéranlo o no, los escenarios españoles fueron ya invadidos, casi tomados por asalto, por una juventud dispuesta a ganar la fácil contienda. Frente a los particulares intereses y el chisme, el énfasis declamatorio o la lucha por el primer asiento en el autobús, se alzan la vocación, la autenticidad y el gran amor al teatro de una nueva generación de actores.

Quiéranlo o no, existe esa juvenil promoción y habrá que tenerla en cuenta. Podría citar muchos nombres que obtuvieron recientes e importantes éxitos interpretativos, éxitos conseguidos en su mayoría por una intuitiva disposición más que por una auténtica preparación: más por una dirección, por una guía eficaz, que por unas condiciones personales. Yo aconsejaría a todo joven actor, a todo auténtico joven actor, dos cosas: una de ellas, la más importante, el

* **Nota de la redacción:** l'article que reproduïm procedeix de l'arxiu personal d'Alberto González Vergel. No hi consta ni la font ni la data de la seva publicació.

estudio; otra, no menos importante, la total anulación de su vanidad particular: terrible y peligroso enemigo de todo aquel que se inicia en el arte. Debe renunciar siempre a cualquier interpretación que exceda a su capacidad de intérprete; no debe aceptar jamás ser dirigido por quienes no prestan una especial atención a la dirección dramática, preocupados estúpidamente por lo plástico: el joven actor —el que se inicia— puede y debe pensar que el mundo será suyo a condición de que sea consciente, estudioso, inteligente y temperamental. ¡Ah...y de que no tenga prisa!



Ana M. Noé i José Luis Pellicena en un moment de l'obra *Ejercicio para cinco dedos*, de Peter Schaffer. Teatro Comedia de Barcelona, 1959.
(Manuel Gausa)